

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

Tip. de Dublán.

LOS GRANDES POETAS NORTE-AMERICANOS.

DISCURSO DEL SR. BALBINO DAVALOS.



FIGURAOS un bosque inmenso en donde la naturaleza hubiese desarrollado con exuberancia toda la vida, toda la energía, toda la potencia virtual de sus gérmenes, con fecundidad de madre universal y potente, y que libre, vigorosa, pródiga en su inagotable abundancia, y sin la pasiva labor del lento transcurso de los siglos, de un solo empuje poderoso y resuelto hubiese hecho que la creación se efectuara. . . . Allí la vegetación derrocharía sin esfuerzo un caudal perenne de belleza sobre los mil detalles á que extiende su manifestación el alma de la flora; allí lo necesario y lo fortuito, lo caprichoso y lo deliberado, lo fino y pomposo como el lirio silvestre, y lo tosco y salvaje como el tronco

fuertemente nudoso y rudamente erguido, tendrían la noble y espontánea expresión de su forma; las flores, las hojas, las cortezas y aun las piedras, al amor de la luz deshecha en matices, lucirían á la limpidez del aire, y á la frescura del rocío, y á la fecundación del sol, y al embelesamiento del misterio, y á la consagración del tiempo, supremo santificador de lo grande!

En ese bosque he entrado: vagué en él con asombro; seguí curioso sus sendas intrincadas; penetré en su espesura; me aproximé á la margen de sus torrentes, siguiendo complacido su curso ó remontándolo en busca del manantial apacible para clavar los ojos en el misterio azul de su fondo; más de una vez me detuve á reposar á la sombra de sus árboles, repitiendo mentalmente los trinos oídos al pasar, ó ya perdido en las inextricables malezas que encubren á menudo peligrosos pantanos, sorprendí en el grito estridente de un gran cuervo la nota polar de mi camino; y ví también entre sus flores los asfódelos del nuevo arte cultivados con mimo por los gnomos que peregrinan hacia un inquietante ideal aun no entrevisto, y aspiré las brisas embalsamadas de gloria y sápidas á resinas naturales, y muchas veces me adormecí al hechizo de algún himno solemne y religioso.

En ese bosque entré, y de ese bosque vengo para contaros no lo que ví, sino lo que he admirado, no lo que es, sino lo que me ha parecido; y os daré lo que traigo: unas cuantas impresiones vivaces, tres ó cuatro paisajes esbozados de prisa, el ritornelo de algún gorjeo perdido, la fugitiva silueta de algunas sombras. . . . y varios nombres gloriosos!

Si: supe allí de muchos seres que en espíritu lo habitan; cuyos nombres recogía mi oído ávidamente. Es todo un mundo de almas que se han estremecido de emoción y que de emoción me estremecieron, un mundo nuevo dentro del Nuevo Mundo, creado de ayer á hoy, desarrollado en menos de un siglo, emanación de un pueblo que pasma con su modo grandioso de improvisar prodigios; un globo transparente de poesía cristalizado preciosamente en el centro de una enorme hornaza de trabajo.

¿Los primeros nombres que oí? Fueron muchos, de esos que solamente se nos dicen cuando preguntamos por ellos: nombres humildes, de humildes seres desaparecidos de la memoria de los hombres y recogidos alguna vez, no por la piedad ni la veneración, sino por la paciencia, en los anales literarios de cada pueblo. ¿A qué repetir ninguno de esos nombres, si no han de hallar eco en vuestros recuerdos, ni siquiera dejarían en vuestro corazón la reminiscencia de una simpatía pasajera?

Para que el fuego de la poesía arda en el pecho humano, basta que los sentimientos que allí suelen albergarse no se hayan convertido en cenizas; que alguno predomine ó persista en los momentos en que la vida ó la naturaleza le envíe una ráfaga pasional, feliz ó desoladora, poco importa, pero viva. Mas si la llama ha de manifestarse y alumbrar inmortalmente, preciso es que la produzca un combustible rico, y que esplenda con fulgor excepcional de intensidad y color propios, de forma hermosa y nueva que la distinguan de las otras y no permitan confundirla nunca ni con las llamaradas que más se le parezcan.

En nuestro vecino pueblo del Norte, durante los dos primeros siglos de su existencia, el diecisiete, en que la inmigración fué colonizándolo, y el dieciocho, ó sea el de su independencia, siglos que dieron á Inglaterra los nombres de Shakespeare, Milton, Dryden, Swift, Addison, Pope, Johnson y Burns,

y en que México produjo cuando menos una Sor Juana Inés y un Alarcón, gracias á la plena madurez de la grandiosa literatura española; en el vecino pueblo, repito, esos dos siglos no legaron á la literatura un solo nombre inolvidable: los deseos habían tenido otras miras, los esfuerzos habían tendido á otras glorias; las energías se habían empleado en la conquista del suelo, en la creación de la riqueza, en el establecimiento de la religión, en la educación de la inexperiencia, en el reconocimiento de los propios derechos, en la conquista de la libertad. Nacían por todas partes las universidades, pero aun no era tiempo de que esparciesen su eficaz contingente de ilustración y de ciencia para enseñar á las ideas á presentarse bien y á engalanarse con elegantes vestiduras. Las primeras, quizá, que aparecieron con cierto ropaje literario, y éste muy sencillo y severo, sin la menor pompa, ni bazarria, ni aliño, fueron los escritos de Franklin, gran sabio, gran político, gran pensador; pero á quien no puede llamarse un literato. Las letras no existieron allí, sino hasta que Washington Irving, en 1809, publicó su primera obra de importancia, la «Knickerbocker History of New York,» y en cuanto á la poesía, que es á lo que únicamente me propongo referirme y es posible hacerlo en ocasión como ésta, en que la brevedad se impone, no alentó con vida fecunda y viril, sino hasta que un joven, casi un niño, Bryant (quien tenía entonces dieciocho años), en un inspirado momento de meditación sobre la muerte, lanzó en 1816 su *Thanatopsis* á la justa admiración de sus contemporáneos. ¡Quién hubiera dicho entonces al joven poeta, que su vida se prolongaría hasta dejarle ver el mayor florecimiento de aquella poesía cuyos albores le había tocado presenciar, y cuya primera nota personal y durable brotaba de su alma!

Hubo, con todo, en medio de los primeros balbuceos de aquel lenguaje poético, cuando las avecillas del lirismo ensayaban sus vuelos y sus trinos, cuando comenzaba á agitarse en los espíritus el inmortal anhelo de explorar el mundo de la imaginación, lleno de tentadores misterios; de recorrer con él la órbita inmensa del ensueño y contemplar bellezas nunca vistas, hubo entonces, sin duda, quienes en momento feliz sorprendieran al paso la sensación fugitiva, la idea profunda, la esperanza indecisa, y cautivaran la mariposa ideal, con la redcecilla de la canción ligera. Así Philip Freneau, en cuyas venas corría sangre francesa, escribió con delicada gracia sus cantos patrióticos, que aun suelen citarse, aunque rara vez son leídos, y John Howard Payne dejó unido su nombre á la famosa canción «Home, Sweet Home,» extraída de una de sus muchas obras dramáticas que el olvido sepulta, y Drake fué una grande esperanza que la muerte, torpe segadora, no dejó madurar. He querido, sin embargo, antes de abandonar el cementerio ruinoso, recoger unas quejas que suenan todavía como un lamento prolongado á través de un siglo, y que sigue siendo plácidamente acogido en los corazones sensibles: las estancias de Richard Henry Wilde, compuestas muchos años antes de que el Romanticismo apareciera. Oídlas, prestándoles con vuestra propia imaginación la poética vaguedad que han perdido en mis versos:

Mi vida es cual estiva rosa
 que se abre al cielo matinal,
 y que al caer la tarde hermosa
 rueda marchita del rosal;
 pero en su humilde lecho frío,
 vierte la noche su rocío
 cual triste llanto de pesar,—
 mas ¡ay! por mí no han de llorar.

Mi vida es cual hoja de otoño,
 que al rayo pálido lunar,
 tiembla en el último retoño
 presta á arrancarse y á volar;
 pero antes que huya, la deplora
 el árbol con la gemidora
 queja que el viento al pasar da—
 más ¡quién por mí suspirará!

Mi vida es cual la débil huella
 que en una playa deja el pie,
 mientras la ola no se estrella
 sobre la arena en que se ve;
 pero ese mismo mar, que osa
 borrar la huella misteriosa,
 rugir parece de pesar,—
 mas ¡ay! por mí no han de llorar.

Mediaba ya el siglo XIX, y la literatura, en analogía con todas las otras manifestaciones intelectuales, florecía plenamente en Norte América, cuando el gran novelista Dickens, el más grande quizá que haya producido Inglaterra, pues que superó á Walter Scott y no ha sido superado por George Elliot, al desembarcar en Nueva York en su viaje á América, la primera pregunta que formuló, fué ésta. «¿En

dónde está Bryant?» Bryant! tal era el nombre que se imponía entonces. El autor de *Thanatopsis* se hallaba en la mitad de su vida y ya gozaba de celebridad europea; ya no era una grande esperanza, sino una gloria cierta; ya en sus versos no había intermitentes claridades, sino una luz continua y clara. Ciertamente es que su inspiración no fué muy alta, ni muy poderosa, ni muy variada; siempre lo caracterizó una contemplación serena, una ecuanimidad inalterable, y la crítica moderna sólo á cuatro ó cinco de sus producciones no les escatima su elogio. ¡Ay! es tan destructora la vida! Mas en este escaso número de versos de indisputable mérito, y en todos los demás que escribió, se revela un poeta de buena cepa, si no un gran poeta, se ve obra consciente y no acierto casual; se advierte la fecundación del pensamiento en un cerebro vigoroso y grande. Las fuentes de su inspiración estuvieron en la naturaleza y en su temperamento reflexivo, no en su corazón, ni en la delicadeza artística, á que Longfellow, y especialmente Poe, deberían su grandeza. Pero en su poesía hay siempre un aliento tan sincero y solemne, que infunde una admiración respetuosa. En las composiciones encomendadas á la hábil recitación de Urbina, apreciaréis esta impresión, mejor de lo que yo pudiera explicarlo.

He dicho un nombre que sucede, y se une, y aun eclipsa al de Bryant: el nombre de Longfellow. Ignoro si fué tan precoz su inspiración como la del primero, ni tampoco me he detenido á inquirirlo de sus biógrafos, porque me hubiera bastado abrir por cualquier parte un tomo de sus versos, repasar cualquiera de sus estrofas para saber que quien las había escrito era poeta desde la cuna: el primer rayo de sol que penetró en sus ojos debe haber tropezado con un rayo de poesía ávido por brotar de su alma. Con él nació el verdadero poeta nacional norteamericano, el poeta cuyos versos sonarían familiarmente en la imaginación curiosa de las *ladies*, en la contemplación reflexiva del hombre grave y en boca del pueblo. Su poesía era un raudal espontáneo que del corazón le manaba manso y caudaloso como las aguas del Hudson. Quien una vez lo haya leído tiene que amarlo, y siempre se acordará de él con el grato recuerdo con que se rememoran las frescas ilusiones de la juventud. Sabe conmover porque él mismo canta poseído de una emoción verdadera y porque su pecho no tiene puertas cerradas á las impresiones que lo agitan, sino que las descubre, y las impulsa y las dispersa con la naturalidad de quien no acostumbra ocultar nada, y las traduce sin esfuerzo en la más bella forma musical y artística. Aunque más espontáneo, era en sus procedimientos casi tan minucioso como Poe. Fué el introductor del hexámetro dactílico en la versificación inglesa. Predominando en su modo de ser el sentimiento personal y dado su temperamento un sí es, no es, femenino, tuvo el raro mérito de no incurrir jamás en el sentimentalismo que hace insoportable la poesía afectiva. El célebre consejo de Horacio *dolendum est primum ipse tibi*, parece haberle servido de norma á su carácter. Del cariñoso abandono con que dejaba escapar las ideas bandadas de alondras, se desprende un encanto penetrante y suave. Sus facultades poéticas, además, habían hallado singular flexibilidad en el conocimiento de las literaturas extranjeras á que incesantemente le llevaba su inclinación favorita, y es cosa sabida que, aunque Bryant fué el primero en abrir á sus contemporáneos una senda hacia la poesía española, Longfellow se complacía en hacer magníficas versiones, como la que escribió de las coplas de Jorge Manrique.

Con tales facultades creadoras, su natural fecundidad y los muchos años que se prolongó su existencia, no es raro que haya escrito mucho, ni que entre lo suyo no todo sea excelente. «Escribió demasiado,» ha dicho de Longfellow, Emerson, otro poeta célebre y filósofo americano. Sí, escribió demasiado, pero en la demasía de sus escritos está contenido mucho bueno, y esto basta. La fuerza de su concepción no desfallecía en las obras de aliento; de suerte que lo mismo encomiaba los grandes ideales de la humanidad en composiciones breves, como en «El Salmo de la Vida» ó en «Excelsior,» que refería en extensos poemas, aventuras caballerescas, como en el «Estudiante Español,» ó idilios de amor, como en «Evangelina,» ó leyendas heroicas como en «Hiawatha,» quizá el más hermoso poema que compuso, digno de que se le llamase la Canción de Gesta del pueblo americano.

De sus piezas fugitivas, he querido recoger la más bella: un primor de delicadeza, de poesía y de forma.

Un día fatigoso por molestas contrariedades, ó penosos esfuerzos, ó sólo por la inestética vulgaridad de la vida, el poeta, de vuelta en su tranquilo hogar, descansando cómodamente junto á la ventana, desde donde divisa á lo lejos las casas del pueblo, contempla cómo va declinando el día en la luz mortecina del crepúsculo, cómo va acrecentándose la sombra por la niebla nocturna, y la tristeza del paisaje inunda su espíritu de infinita melancolía al vago pensamiento quizás de que aquel aspecto de la naturaleza no era sino la reproducción incesante de la eterna transición de las cosas: nacer, vivir, morir. La muerte siempre al cabo de todo; la muerte de la luz, la muerte del día, la muerte de la ilusión, de la esperanza, del deseo; la muerte amenazadora, desesperante, inevitable. El día agonizaba y el poeta se sintió triste, pero no de tristeza amarga y dolorosa, sino de esa melancolía consoladora que suelen sentir los corazones generosos, extraño sentimiento en que se confunden la piedad, el amor y la impaciencia de conocer el bien definitivo. Entonces el poeta, no solicitando un consuelo, no buscando una divagación, no por arrancarse una espina punzadora, sino para acompañar su propia emoción con la emoción ajena, se dirige á la mujer que está á su lado, hasta cuyo corazón se ha comunicado quizá la misma impalpable melancolía, y le dice estos versos:

Murió el día, las alas de la noche
su sombra caer dejan,
como la oscura pluma desprendida
del águila que vuela.

Brillan tras de la niebla y de la lluvia
 las luces de la aldea,
 y al verlas, siento el corazón henchido
 de súbita tristeza:

de una honda inquietud, de un vago anhelo
 que no parece pena
 y que no es al dolor más semejante
 que á la lluvia, la niebla.

Ven á leerme unos sentidos versos,
 algún dulce poema
 que calme esta inquietud y que disipe
 las vulgares ideas.

No quiero nada de sublimes bardos,
 ni de grandes poetas,
 cuyos lejanos pasos formen eco
 del Tiempo en las riberas.

Pues como el son de las marciales marchas,
 sus versos nos despiertan
 el afán y el esfuerzo de la vida
 y hoy paz el alma anhela.

De un humilde poeta escuchar quiero
 las palabras sinceras
 que broten de su alma como lágrimas
 que de los ojos ruedan.

De un poeta que tras penosos días
 y tras noches de prueba,
 aun guarde en el espíritu armonías
 de misteriosas cuerdas.

Esos los cantos son que el pulso inquieto
 amansan y sosiegan,
 los que vienen, después de la plegaria,
 cual bendición serena.

Búscame de tu libro preferido
 el canto que más quieras,
 y al blando hechizo de tu voz canora
 las rimas se embellezcan.

La noche, entonces, cantará y al punto
 levantarán sus tiendas
 los cuidados, cual árabes medrosos
 que hacia el desierto huyeran!

Sólo breves palabras os diré de John Greenleaf Whittier, de quien os traigo traducida también con la mejor voluntad y buen deseo, una de sus más sugestivas producciones. Lo mejor que en su elogio puedo decir, es que ha sido el único poeta que comparte en su país la simpatía profunda, ilimitada y ardiente que á Longfellow se tiene. Fantasía despierta, inteligencia viva, sentimiento rico, ha sido un despilfarrador magnánimo de la preciosa pedrería de su imaginación, y rara vez se cuidaba de recurrir á los engarces del arte para legar á la posteridad irreprochables joyas. Es, para mi gusto, superior á Holmes, y aun á Lowell, de quienes me veo obligado á sólo consignar los nombres. Cuando pasen por vuestras manos las poesías de Whittier, no dejéis de leerlas, y os sorprenderán el poder y la melodía de su lirismo. Sobre todo, leed «Bárbara Frietchie,» y este cuadro idílico de encantadora sencillez y enconada ironía contra la mezquindad é hipócritas exigencias de la vida moderna. Hablo de Maud Muller. Prestadle toda vuestra atención pues la merece.

MAUD MULLER.

Magda Muler, un día veraniego
 el heno rastrillaba con sosiego.

Bajo el tosco sombrero de aldeana
brilla su hermosa faz rústica y sana.

Canta y trabaja, y su canción sencilla
repite desde un árbol la pardilla.

Mas al mirar á la ciudad, que asoma
blanca en la falda de distante loma,
calla su dulce voz y vagamente
rara inquietud dentro del pecho siente,

extraño anhelo que decir no osara,
de algo mejor en su existencia ignara.

De la ciudad, el Juez viene bajando,
la crin castaña del corcel frotando.

Vuelve la brida en la arboleda umbrosa,
por saludar á la doncella hermosa,

y agua le pide de la fuente pura
que cruza el prado y corre á la llanura.

Del más fresco remanso, la rapaza
llena al instante su estañada taza,

y roja de vergüenza por su ropa
y sus descalzos pies, tiende la copa.

«Nunca, prorrumpe el Juez, mejor bebida
por más hermosa mano fué ofrecida.»

Y le habló de la yerba, de las flores,
de las aves, de insectos zumbadores,

del campo, de la siega, de si acaso
vendrían nubarrones del ocaso,

y Magda se olvidó de su desgaire
y de su linda pantorrilla al aire,

y ávida oía, inmóvil la pestaña,
lentos los ojos de sorpresa extraña,

hasta que el Juez, como quien ve que abusa,
se despidió diciéndole una excusa.

Mirándolo partir, Magda decía
suspirando:—«Su novia yo sería!

De raso él me vistiera, blanco y fino,
y brindara por mí con rojo vino.

Padre su grueso casacón tendría,
y mi hermano su bote pintaría.

Para mi madre un traje muy decente,
y juguetes al niño diariamente.

Yo al infeliz, abrigo y pan le diera,
y todo servidor me bendijera.»

Atrás el Juez miró, ya en la colina,
y aun en pie á Magda vió, gallarda y fina.

«Forma mejor ni faz más delicada,
la fortuna de hallar fuérame dada.

Y su modestia y actitud serena
la hacen aparecer prudente y buena.

Si fuese mía, y yo, cual la doncella,
un segador del heno que corta ella,

no viviera entre pleitos de dos faces
ni tantos leguleyos lenguaraces.

Mugir oyera al buey, cantar á el ave,
sano, robusto, amante, quieto y grave.»

Mas recordó á su madre, á sus hermanas,
de su alto rango y su riqueza vanas,

y el Juez, cerrado el corazón, al noble
corcel azuza, y huye á trote doble.

Esa tarde, alelado, en plena corte,
dió en golpear la mesa al pianoforte,

canturreando un airecillo á Elisa,
que á sus colegas le causaba risa;

y ella, en la fuente, pensativa estaba,
sin notar que la lluvia comenzaba.

Él halló esposa de cuantioso dote
quien, como él al poder, amó el escote.

Pero en su duro corazón luciente
de frío mármol, suele de repente

ver la imagen de Magda que atraviesa
con los ojos abiertos de sorpresa.

Y al mirar frente á sí un vaso de vino,
suspira por la fuente del camino.

Y en sus ricos salones repujados,
cierra los ojos por fingirse prados.

Y el grave magistrado, suspirando
dice: «Si fuera libre, como cuando

al bajar mi caballo la colina,
divisé á la descalza campesina!»

Ella se unió á un patán pobre y grosero,
que de chicos le ha dado un semillero,

y el trabajo, y la pena, y la crianza
serios motivos son de su mudanza.

Y también, cuando el sol ardiente expira,
si el heno fresco rastrillado mira,

y oye la risa plácida y risueña
del agua que en la fuente se despeña,

mira hacia la arboleda y le parece
que un gallardo jinete se aparece;

y con tímida gracia, enrojecida
baja los ojos y huye de la vida.

De su cocina los estrechos muros,
como en virtud de mágicos conjuros,

se abren á veces en brillantes salas;
vuélvese el torno, piano; el hollín, galas;

elegante candil, la humilde vela,
y en lugar del patán, que en la pajueta

su pipa enciende, y fétido á cerveza
inclina, dormitando, la cabeza,

ve á su lado un correcto caballero
amoroso y cortés, fino y severo,

y se consuela de su bien perdido,
exclamando no más: «Pudo haber sido!»

Infortunado Juez, triste doncella!
Potentado infeliz, perdida estrella!

Piedad os tenga Dios! . . . piedad nos guardo
á todos cuantos vemos, ya muy tarde,

en confines lejanos y risueños,
disipados por siempre nuestros sueños,

y hemos la triste frase repetido,
la más triste quizás: «¡Pudo haber sido!»

Porque todos guardamos sepultada
una grata esperanza malograda,

cuya pesada losa, á nuestras preces,
hacen rodar los ángeles, á veces!

¡Qué trágica y sencilla manera de presentar un idilio! ¡Con qué grito de suprema angustia y dolor universal da carácter humano y condensa en un sollozo eterno la historia, siempre vieja y siempre nueva, como la llamó Heine, de un caso de amor no realizado. Esta composición de Whittier es de una ficción poética tan estrechamente unida á la realidad, que quien la conozca no dejará de guardar un paisaje inolvidable y una frase que en lo sucesivo repetirá más de una vez: «¡Pudo haber sido!»

Sólo hablaré yo de dos poetas, pero ¡qué poetas! Cualquiera de ellos merecería, y lo ha tenido á menudo, el homenaje de un exclusivo y minucioso estudio. Ante la imposibilidad de emprenderlo, no os daré de uno y otro más que una ligerísima semblanza de su carácter literario, cuando para conocerlos fuera preciso analizar detenidamente su vida, sus obras y su genio. Llamáronse Walt Whitman el uno. Edgar Poe, el más grande.

Fué el primero, un espíritu inquieto nacido del seno del pueblo rudo, del pueblo habituado al trabajo áspero, á las faenas pesadas. Dotado de un extraño talento y creyéndose profeta con misión de propagar sus propias ideas, enalteció la igualdad, la democracia, el trabajo material, las reformas útiles, los progresos estupendos, las conquistas bravas y temerarias. Se preocupaba más del conjunto que de los detalles, ó al menos, así lo creía él, aun en los casos en que practicaba precisamente lo contrario; es decir, cuando el pormenor y la minucia absorbían su atención toda. Desdeñoso por sistema de lo accesorio, de lo convencional, de lo rutinario, de lo preceptuado, desechó sin miramientos de su forma poética, el metro y toda rima obligada, quedándose únicamente con el ritmo, no por condescendencia, sino porque no podría descubrir los medios de proscribirlo. Su ritmo, con todo, no es regular ni armónico, sino caprichoso en extremo. De suerte que su versificación, si es lícito designar con esta palabra lo que nunca ha significado, es para la generalidad de los lectores, de lo más intolerable y estrambótico, y sólo unos pocos la admiran como forma exquisita y rara. En su país, especialmente, donde su modo de entender la democracia difería tanto de las ideas corrientes, donde su enemiga á las instituciones y al convencionalismo repugnaba tanto con las prácticas generales, donde sus excentricidades poéticas, el más importante elemento á que ha debido su celebridad en otras partes, rompía con todo lo conocido, desorientando las ideas y oscureciendo de confusión la mente; en su país, amante de la claridad y de lo positivo, no ha llegado á alcanzar la fama y reverente admiración que le tributan en los cenáculos literarios de la moderna Europa.

La concepción poética de Whitman aparece principalmente caracterizada por una imaginación ágil, activa, meridional, casi francesa, llena de esplendor y de transformaciones, imaginación que hace pensar en los años de vida vagabunda de Whitman, imaginación capaz de los más raros hallazgos y de la más insolente vulgaridad. Sabía encerrar sus ideas en el molde caldeado de la impresión viva y quitarles luego su momentánea forma á merced de un pasajero capricho ó de un voluntarioso arrebató. Aunque es imposible traducirlo dándole una forma analógica, ensayo el decirlo este canto suyo *A la Democracia*:

Venid, yo haré que el Continente indisoluble sea,
Yo haré la más brillante raza que el sol alumbrará,
Yo haré tierras divinas y magnéticas
Con el amor de hermanos
Con la vida de amor de camaradas.

La hermandad plantaré, fuerte cual troncos
 á la vera de todos los ríos americanos, y á la
 orilla de los grandes lagos, y sobre todas las praderas;
 Yo haré indivisos pueblos que unos á otros se
 ciñan con los brazos por el cuello,
 Con el amor de hermanos,
 Con la vida de amor de camaradas.

Al pretender hablaros de Edgar Poe, me acomete un santo pavor, pero me salva un recuerdo: pienso en que no es él un extraño para nadie, que á todos nos ha asombrado con sus extraordinarios relatos; que su nombre ha corrido de boca en boca llegando á hacer ya tan familiar, que comenzamos á olvidarnos de su país y de su época para colocarlo entre los poetas universales y de todos los tiempos, bañados perpetuamente por la luz de la inmortalidad. Conocéis su vida, sabéis sus desventuras, habéis sentido el poder subyugador de su genio. Es de un amigo, de un amigo excelente de quien os hablo, ya que es muy común que entre los muertos ilustres á quienes no tratamos nunca se cuenten nuestros mejores amigos. Era, como poeta, un sér excepcional en quien concurrían á formar la gran facultad creadora de que estuvo dotado, las aptitudes de un artista exquisito; la delicadeza más impresionable á las manifestaciones, aun las más abstractas, de la belleza; el sentimiento más depurado y fácil para la vibración, y una imaginación caudalosa y una ideación pintoresca y un oído que adivinaba las melodías que deben cantar dentro de las palabras para que siempre y siempre suenen deleitosamente en el alma. De todos los poetas de América, él es quien más ha influido en la literatura francesa, y en la literatura europea, y en toda la literatura moderna, ya que de cuarenta años acá, ninguna inteligencia electa, ningún espíritu curioso, ningún batallador de las letras puede haberlo desconocido por completo. Aun entre sus contemporáneos, á muchos tuvo cautivos con la novedad de su genio. Fuera de su país, talentos de primer orden, como el de Baudelaire, como el de Mallarmé, han buscado el contagio regenerador de aquella poesía enferma, anormal, siniestra, taciturna y triste, y amándola, enalteciéndola y propagándola, infiltraron en sus obras aquella pura esencia, de donde muchos han extractado también substancias tóxicas para excitarse el desequilibrado ingenio. Los decadentes de hoy no provienen de Verlaine, no descienden de Baudelaire, proceden de Edgar Poe á través de los últimos. En cuanto á Poe, no es posible fijarle antecesores; su inspiración arranca de su propia originalidad: no tuvo maestros, no tuvo abolengo literario, no tuvo inspiración refleja; es único, es él.

Siempre ha habido artistas que en la esmaltación de la frase y en la irisación del verso, empleen quintales de escrupulosidad y de buen gusto; siempre ha habido pensadores que condensen con la virtud concretiva de la penetración, un fondo de verdad abstracta en una imagen; siempre ha habido supersticiosos y visionarios que interpreten las apariencias de las cosas ó sus alucinaciones, como anuncios fatídicos; siempre ha habido filósofos que tiendan un hilo ordenador á los hechos, inadvertidos de que las verdades que adquieren se les desprenden á momentos, para rodar al montón de las fruslerías engañosas; pero el arte de Poe, la imaginación de Poe, el temperamento de Poe, la profundidad que se adivina insondable en su raciocinio y en su emoción, únicamente en él se amalgamaron, produciendo un maravilloso conjunto de sinceridad y artificio. Y es que contaba con una fuerza suprema: la claridad, virtud perdida para tantos; una transparencia inalterable de sentimiento y de reflexión, de expresión y de ideas, que deja á descubierto los pensamientos como las estrellas en una noche diáfana.

Tampoco era un vano ornamentista de vocablos ociosos con epítetos vacíos: aun en sus composiciones puramente melódicas como «Las Campanas,» aun en las más engrilladas con la rima difícil, como «El Cuervo,» aun en las que su autor mismo llamaba «composiciones groseras de su primera adolescencia,» la palpación del pensamiento es sensible. Pero donde la personalidad de Poe se destaca especialmente, es en los cuadros, un tanto simbólicos en que trazaba las impresiones más vivas de su vida, en las extrañas baladas pasionales y aéreas, donde el ensueño y el amor volaban juntos. De entre ellas he elegido una, y esforzándome en conservar la mayor fidelidad posible, me he atrevido á despojarla de sus mejores galas para daros algo de Poe, aunque sea en forma opaca y desvaída.

Mallarmé, hablando de esta poesía en sus escolios al gran poeta, refiere lo siguiente: «No es un misterio que la Elena que suscitó el incienso divino del canto de amor dejado por Poe, es una de las más brillantes poetisas de América, Mrs. Sarah Helen Wihman, muerta hace poco y con quien el poeta pensó contraer segundas nupcias en 1848. La primera vez que la vió, solitario y noctívago en una de las calles de Providencia (Rhode Island), antes de entrar en su hotel, fué á través de la verja de un hermoso jardín: quedóse largo tiempo respirando la belleza de la dama y de la hora. Esta nobilísima mujer, autora de «Horas de vida y otros poemas» y de «Baladas feéricas,» era viuda; y particularmente encantadora, su primer nombre virginal de Lepower ó Lepoer la hacía desde antes pertenecer al viejo linaje, normando antaño y después inglés, que dió sus antepasados al poeta.»

Así cantó Poe la fantástica leyenda de su hallazgo:

A ELENA.

Te ví una vez—sólo una vez—hace años:
 No debo decir cuantos—mas no muchos.

Fué en Julio, á media noche; de lo alto
 La luna llena, al remontar, buscando
 Como tu alma, hacia el confín del cielo
 Rápida senda, de su luz de plata
 El vaporoso velo desprendía
 Con quietud, y bochorno, y somnolencia,
 Sobre la faz erguida de las rosas
 Que al sonreír, morían encantadas
 Por tí, por tu presencia y tu poesía.

Toda de blanco, en lecho de violetas
 Reclinada te ví, mientras la luna
 Sobre la faz erguida de las rosas
 Y en la tuya doliente, descendía!

¿Fué el Destino? (también Do'lor se llama)
 ¿Fué el Destino quizá quien esa noche
 A la entrada del huerto me condujo
 Para que de las rosas somnolientas
 Aspirase el olor? Rumor alguno
 Llegaba en derredor; todo dormía
 En el odiado mundo, todo, salvo
 Tú y yo! ¡Oh cielo! ¡oh Dios! cuál late
 Mi corazón ante las dos palabras:
 ¡Salvo tú y yo! Detúveme, y al punto
 Que te miré, desvaneciósse todo!
 (No olvidéis que aquel huerto era encantado!)

Y se fué el globo perla de la luna,
 Y los bancos musgosos, frescas flores,
 Laberínticas sendas, lacios árboles,
 Todo desapareció, y aun de las rosas
 Murió en brazos del viento el casto aroma.

Expiró todo, menos Tú—no, excepto
 Algo menos que tú: salvo el divino
 Fulgor de tus pupilas, salvo el alma
 De tus ojos inmensamente abiertos.

Sólo á ellos ví—y un mundo me mostraron.—
 Sólo á ellos ví—sólo á ellos muchas horas—
 Sólo á ellos ví, mientras brilló la luna.

Qué episodios de amor salvaje y raro
 En el cristal grabados parecían
 De aquellas esferitas celestiales!
 Y qué negro dolor! y qué sublime
 Esperanza! y qué inmenso mar de orgullo
 Calladamente quieto, y qué atrevida
 Y profunda ambición, y qué insondable
 Facultad para amar inmensamente!

Pero la cara Diana, al fin hundiósse
 Tras tempestuosa nube en el ocaso,
 Y tú, fantasma, huiste deslizándote
 Bajo una tumba de árboles. Tus ojos
 Sólo han quedado siempre, y no se irían!
 Alumbrándome fueron esa noche
 Mi solitaria senda, y no se han ido
 (Ay! cual mis esperanzas!) desde entonces.

Siguenme, y de mi vida son los guías.
 Mis siervos ellos son, y yo su esclavo.
 Es su deber iluminar y arderme;
 Mi deber, ser salvado por su brillo,
 Y ser purificado por su fuego
 Y ser santificado por su lumbre;

Ellos inundan mi alma de belleza
 (Que esperanza es también) y allá en el cielo
 Son dos astros que adoro de rodillas
 De noche en mis desvelos taciturnos,
 Y que en el esplendor del medio día
 Los miro aún: dos titilantes Venus
 Por el fúlgido sol jamás extintas!

* * *

Después de estos versos, no quiero hacer un resumen, no quiero formular una conclusión, no quiero agregar un epílogo al discurso que se me ha encomendado dirigiros. ¿A qué borraros la impresión de esa poesía luminosa impalpable y etérea?

BALBINO DÁBALOS.



DISCURSO

pronunciado al pie de la estatua de Virgilio en la Biblioteca Nacional en la velada que, bajo el patrocinio de la "Revista Moderna," organizó la Delegación Mexicana en homenaje á los poetas anglo-americanos, el día 6 de Noviembre de 1901.



En un famoso cuadro del Tiziano, conocido con el nombre de la «Assunta,» la Virgen, envuelta en los pliegues palpitantes de su manto, se eleva, armoniosa y noble, de la tierra incua al éter diáfano, llevando en ofrenda á Dios los dolores y las piedades, las angustias y las esperanzas de la multitud humana que, maravillada y extática, contempla el milagro del amor que violó las leyes de la pesantez con las alas de la poesía! Y tal parece que esa Virgen terrenal no sube atraída por influencias divinas, sino empujada por voluntades humanas; no es un robo hecho por el cielo al mundo, es un don del mundo al cielo; no es la elegida del Señor, es la enviada de los hombres; es la mensajera del corazón, el símbolo de la plegaria, que acompañada de

ritmos y ungida con lágrimas, va, á través del maravilloso Misterio, á coger en los resplandecientes huer-
 tos siderales, racimos de estrellas, rosas de amor, ilusiones de oro, quimeras blancas, cantos hibleos y
 venturas edénicas, para traernos, á nosotros los Efímeros, el divino consuelo de la alucinación y del
 olvido!

* * *

El artista veneciano hizo obra maestra porque hizo obra simbólica. En cada hombre, en cada alma, mora esa madona, esa plegaria, esa estrofa, que, en las horas intensas de pasión, se lanza á los ensueños infinitos para hacernos vivir la vida momentánea de un paraíso breve. El arte comenzó siendo una oración. El arte es una oración. El arte será siempre una oración. En los templos, en las fiestas litúrgicas, en las pompas decorativas, en los ceremoniales hieráticos, nacieron y se desarrollaron la arquitectura, la pintura, la escultura, la danza, la música y la poesía, asociando poderosamente las almas en un gran

recuerdo ó en una gran aspiración. La primera estatua fué un ídolo, el primer monumento fué un santuario, la primera poesía musical fué un himno.—Los gritos frenéticos de la Bacanal, desgarrándose en el dolor supremo y armonizándose en el supremo placer, los cantos salvajes de la voluptuosidad y del crimen en la leyenda que el dios andrógino de voraces sexos alumbró de rojo, agitando su tirso inflamado sobre la faunalia enloquecida de brama y de sangre, se convertirán en la palabra elocuente, en la palabra perfumada de miel ática que Platón pone en boca de Diótima de Mantinea, celebrando en el «Banquete» las excelencias del amor, que, «al aproximarse á la belleza se dilata, engendra y produce» las formas perfectas de la virtud, que resplandecen en la conciencia como los Inmortales en el Olimpo;—se convertirán igualmente, mientras Jeovah, cruel y pavoroso, sacuda con sus cóleras la tierra y la incendie y la ahogue, en el viento de los himnos lúgubres, en el huracán del profetismo que agita en enormes convulsiones la historia de Israel;—se convertirán, por último, cuando el Dios de los Parias alumbre con su mirada de misericordia el horizonte, en la voz de esperanza y de amor, que canta en los castos labios de Jesús, como un pájaro matinal saludando el orto glorioso de la aurora en los rosales de Galilea!

* * *

«La tristeza es más vieja que la risa,» dijo Paul Verlaine en un verso melancólico de sus *Liturgias*. Yo creo que tienen la misma edad, creo que son gemelas; creo más, que se aman, que se buscan, que se completan. Cargadas de años, realizan el prodigio de la eterna juventud, se han burlado del tiempo: una conserva sus lágrimas transparentes y la otra sus labios luminosos. Son las dueñas soberanas de la humanidad y las inspiradoras de todo arte. El blanco pueblo de los mármoles, la Grecia, destinado á reír, lloró algunas veces: Aristofanes lo deleitaba con su gracia perversa y lírica, desparramando violetas sobre la mesa brillante del festín, y bebiendo besos, hasta la embriaguez del deseo, en las bocas pródigas de las hetairas; pero Esquilo, en sus noventa tragedias, nublabá la escena con los vapores densos del tripié délfico, que envolvían en el misterio y en el terror la lucha de los titanes, altos y fuertes como torres de piedra, mientras las Euménides recorrían el tablado con sus ojos hipnóticos, sus garras carniceras y sus alaridos estridentes, y las Estrofas del Coro se erizaban de exámetros vibrantes como lanzas, caldeados como cóleras ó implacables como maldiciones! El tormentoso pueblo de los profetas, el torvo Israel, destinado á llorar, tuvo una sonrisa—*El Cantar de los Cantares*,—sonrisa pastoral, sonrisa de sol tibio sobre un lecho de mandrágoras frescas, sonrisa de ojos adorantes y de labios golosos, idilio que todavía huele á mirra, idilio que todavía sabe á leche cándida y á miel virgen; y quién sabe, señores, qué sea más bueno, quién sabe, señoras, qué sea más bello, si los oráculos lanzados por la elocuencia mesiánica—como piedras disparadas de la honda de los benjaminitas,—ó la dulce palabra de la muchacha de Sulem á su amante: «Sostenme en tus brazos, que desfallezco de amor!»—Si penetramos á los cármes donde alberga la electa Egería de Renan, sorprenderemos muchas veces á la Musa de perfil judío, á la vestal de frente seráfica, á la suave Animadora del incomparable artista, con los ojos cuajados de llanto entre las flores cuajadas de rocío, mientras de sus disertos labios se escapan cláusulas rotas de recuerdos profanados ó silencios largos de pausas inquietantes. Si nos aventuramos en la lírica doliente de Leopardi, de ese hombre enorme que parece un enorme páramo; si pegamos el oído en su corazón de Laocoonte, como en un caracol marino, para escuchar la tormenta, la tormenta que grita su perenne nota monocorde á los negros cielos impasibles, nos encontraremos, surgiendo de la infernal aridez del dolor, una visión blanquísima, ay! la misma que todos hemos invocado en los paroxismos, la hermana del amor, á la que el poeta tiende los brazos epilépticos con un anhelo infinito, con una esperanza tan grande como su angustia: la Muerte, resplandeciente, pura, buena, en cuyo «virgíneo seno» se encuentra el reposo de la lucha, el olvido de la ingratitud, el sueño sin sueños, el alivio de la vida, la caricia de Dios!

* * *

Dentro de estos polos gira y alienta el arte humano. El que los choca en el estruendo de la epopeya triunfal, el que los trasega en la antítesis de la tragedia enmascarada, el que los liga en el broche de la lírica radiante, es el artista supremo. Miguel Angel, Beethoven, Rubens, Cervantes, Shakespeare, crearon mundos con esos dos elementos. Las obras de estos hombres de alma innumerable, de estos *Imaginíficos*, son como la obra de la Divinidad, carne y espíritu, brutalidad y genio, crimen y virtud, blasfemia y aleluya, rugido y salmo, porque arrancan de las profundidades cavernosas de la prehistoria, donde la Hambre desencajada y el Delito lívido ladran como el Anubis con cabeza de chacal de la mitología egipcia, y se levantan en una creciente ascensión de idealismo, de belleza y de bondad, sobre las civilizaciones derrumbadas por los siglos brutales, á la región serena, donde los amores del alma, purificados de toda mancha, esplenden en las esferas diamantinas de la universal armonía! La larva es un elemento de la belleza; el odio es un elemento del amor; Satán es un elemento de Dios. De cuántos dolores, de cuántos martirios, brotó de la piedra la divina Noche de mármol que reposa en el mausoleo de Juliano de Médici, y que algún día despertaré al conjuro de mi arte, para hacerla pronunciar versículos sibilinos; de cuántos dolores, de cuántos martirios brotó ese acorde lúcido, altisonante, himnico, que brilla y chispea y se desbarata en las somidades de

la Sinfonía Pastoral, como un penacho cristalino; de cuántos dolores, de cuántos martirios brotó á la luz, en la Comunión de San Francisco, la cabeza fascinada del santo, esa cabeza que expresa indeciblemente todo lo que hay de ventura en el renunciamento á la vida, y la hostia blanca, esa hostia de armiño que el sacerdote levanta entre sus dedos, y que remata el cuadro como una oda luminosa; de cuántos dolores, de cuántos martirios brotó á la brega Don Quijote de la Mancha, escueto como el Infortunio, que, amparado por la sublime locura contra los desengaños del mundo y las burlas de la verdad y las falacias de la perfidia, acomete denodado y heroico contra el mal universal, dando al traste con legiones de gigantes, aun cuando los bausanes de los ventorrillos den al traste con él, y adorando, en todas las maritornes que encuentra á su paso—por intensísima y rápida autosugestión—la forma de la más bella creación de la poesía, pues Antígona y Ofelia y Beatriz y Laura y Margarita y Fantina, por vestidas que estén de luz inmaculada en el Paraíso de la inmortalidad, tuvieron ay! un cuerpo en esta tierra, fueron mujeres, las moldearon en la arcilla de Eva y de Pandora, mientras que Dulcinea es la Mujer, el arquetipo, la síntesis, el ideal, y está hecha toda entera de espíritu puro, de ilusión intacta y de esperanza virgen; de cuántos dolores, de cuántos martirios brotó á la ternura la dulce Cordelia,—oh, Santa! Santa! Santa!—en el drama paroxismal del Rey Lear, cuya lectura nos hace caer en las convulsiones de los rapsodas que recitaban á Homero, y del que dice magníficamente Víctor Hugo: «Construcción inaudita. El poeta toma la tiranía, de la que más tarde hará la debilidad; toma la traición; toma la abnegación; toma la ingratitud que comienza por una caricia, dando á este monstruo dos cabezas; toma la paternidad; toma la realeza; toma la feudalidad; toma la ambición; toma la demencia, que reparte en tres locos, el bufón del rey, loco por oficio, Edgar de Gloucester, loco por prudencia, y el rey, loco por miseria. Encima de este amontonamiento trágico, levanta é inclina á Cordelia.—Hay formidables torres de catedrales, como, por ejemplo, la Giralda de Sevilla, que parecen hechas todas enteras, con sus espirales, sus escaleras, sus esculturas, sus celdas aéreas, sus cámaras sonoras, sus campanas, su masa, su flecha y toda su enormidad, para soportar un ángel abriendo sobre su cima las alas doradas.»

* * *

Crear, dar vida: eso es el arte, eso es el amor. Hijos del amor son los hombres percederos que pueblan el mundo; hijos del arte, son los tipos inmortales que pueblan la leyenda. En el amor vive la discordia; en el arte vive la paz; el amor es prolífico en guerras nefandas; el arte es fecundo en reconciliaciones armoniosas. Yo he escrito, en una evocación que hice de espectros trágicos, estas palabras que me inspiró un demonio shakesperiano: «El genio es más poderoso, más creador que el sexo; es el gran Sexo hermafrodita, incubo y súcubo, que á sí mismo se fecunda dando vida inmortal y magnífica. Los hijos de la carne humana son efímeros y miserables; están formados por dos mitades de amor, que se juntan en un espasmo, y se separan luego sin haberse complementado, sin haberse fundido. Míralos labrando el mundo: tal parece que apenas sus manos arrojan la semilla, caen ellos mismos, unos en pos de otros, á los hambrientos surcos. . . . Oh, qué rápido abrir y cerrar de ojos, qué rápido abrir y cerrar de conciencias es la vida! Todos pasan, pasan: polvo que sufrió un momento en una idea, polvo que brilló un momento en una piedad, polvo que se irguió un momento en un deber, y que vuelve al gran laboratorio donde le dan nueva forma raquílica y nuevo destino frágil las manos febriles de un dios incansable. En cambio, qué definitivo es el amor del genio! sopla en la arcilla perdurables espíritus de ideal; forma tipo sgigantescos con los vicios y los crímenes, y rugen entonces, por los siglos de los siglos, los reyes trágicos y los papas lascivos y las cortesanas ambiciosas; condensa en figuras épicas los credos de la justicia y del bien, y se alzan en las cumbres de la historia los mártires descalzos, los caballeros andantes y los profetas videntes; sintetiza en bellezas los aromas, las músicas y las luces del universo, y cruzan entonces por la humana fantasía la divina Dulcinea con su esperanza y la eucarística Ofelia con su su locura! . . . »

* * *

El arte ha dejado su símbolo eterno en la figura de Prometeo, que rompe con su frente colosal las mitologías obscuras de las edades que agonizan en el recuerdo, y clavando la pupila brava y ardiente como Helios en las lejanías del horizonte, desde la roca Scítica donde el perro alado de Zeus le muerde y le devora las entrañas, propone,—como la Esfinge,—enigmas que el espíritu humano escruta todavía, y echa á volar oráculos solemnes que atraviesan desde hace siglos la historia, sobre la humanidad que los mira perderse en las incertidumbres del porvenir. Este castigado orgulloso, este rebelde indomable, hijo del heroísmo y de la belleza, ha pasado y pasa por las metamorfosis más dolorosas: viene de las ruinas, de los misterios, de los sepulcros, de los pórticos por donde entraban los carros vencedores y las músicas victoriosas, de los agoras frenéticos, de las matanzas abominables, de los juegos excelsos, caminando, caminando, sin cansarse jamás, de ciudad en ciudad y de gente en gente; el tribunal ateniense le condenó con el nefando nombre de Sócrates; los judíos le crucificaron con el nefando nombre de Jesús; para él ardían los leños de una hoguera de odio en la Plaza de la Señoría, mientras se representaban las mascaradas libertinas de Lorenzo el Magnífico; el brazo airado de la Patria injusta lo empujó, siendo Dante Alighieri, á las inclemencias del exilio; le han cortado la lengua y ha vuelto á hablar; le han sujetado los miembros y ha vuelto á moverse; le han roto las fibras del corazón y su corazón ha resonado de

nuevo con los cantos de la fe; y hoy, sacudiendo su cabeza secular, abriendo, como la puerta de la verdad, su boca inmensa, y golpeando los bordones trágicos de una lira de bronce, clama redención con Tolstoi, con Zola, con Bjornson, con Ibsen, con León XIII, á través de los pueblos que tienen hambre y sed de justicia, para ser nuevamente desterrado, anatematizado y execrado por la envidia de los dioses y por la ingratitud de los hombres! Y así irá, como dijo Isaías: «de tribulación en tribulación y de esperanza en esperanza!» Matadlo mil veces, no importa, es el Poeta! Cuenta, señores, el elegiaco Phanoclés, que después del asesinato de Orfeo, su cabeza y su lira fueron arrojadas al mar, y las olas las llevaron á Lesbos: desde entonces, el canto y el gracioso ejercicio de la cítara fueron amados en la isla,—melodiosa entre todas.—Matadlo mil veces, no importa, es el Poeta! Las azules olas resonantes de jónicos ritmos llevarán su cabeza y su lira á la Isla de la Poesía, donde nuestras vírgenes lesbianas las recogerían con sus piadosas manos.

*
* *

Redención y justicia he dicho. Este es el ideal moderno del arte. Pero acaso no lo ha sido siempre? Más ó menos consciente, más ó menos oculto por la poesía erótica de los artistas menores, más ó menos desdeñado en las decadencias galantes, siempre ha cumplido su misión apostólica de concordia y de fraternidad. Esta misión se acentúa más cada día, á medida que crecen la inteligencia y el corazón de los humanos. Podemos distinguir, con un pensador italiano, la virtud antigua de la virtud moderna, caracterizada aquella, casi exclusivamente, por el valor físico,—producto de la guerra,—y caracterizada la otra, casi exclusivamente, por el valor moral, producto del industrialismo. Los héroes antiguos eran los soldados; los héroes modernos son los obreros. «Si el entusiasmo del pueblo se dirige en apariencia á los que arriesgan en la batalla su propia vida, un sentimiento íntimo nos dice á todos que la gloria moral más luminosa, no es saber morir, sino saber vivir bien. Hacer el sacrificio de la existencia combatiendo, es, no lo niego, una acción noble, pero es una acción breve, confortada por millares de sugerencias que la hacen menos difícil; trabajar honradamente toda la vida, sufrir trabajando y no plegarse á las tentaciones, es una acción larga que no tiene confort de ayudas ni esperanzas de gloria. Y entre el soldado que muere en el campo, y el operario á quien sólo la ley de la naturaleza y el trabajo matan, después de haber luchado largamente día por día con la miseria, conservando intacto y limpio el cristal de la propia honradez, os confieso que prefiero al segundo, porque mayor valor y mejor heroísmo me parece el combatir cotidianamente la dura y oscura batalla de la vida, que mirar de frente,—pero sólo un instante,—á la muerte. El mundo antiguo se regia y debía regirse por la fuerza física, y por lo mismo tenía necesidad del valor físico. El mundo moderno se rige y debe regirse por otras fuerzas,—más morales que materiales,—y por lo mismo, tiene necesidad de otro valor,—más moral que material,—esto es, de un valor que no desarrolle, como el valor físico, el sentimiento de la combatividad, sino el sentimiento, más civil, de la solidaridad. Mientras el ideal del ciudadano se resumía en el tipo del que sabe superar á su semejante con las armas, era lógico que el objeto de la vida consistiese en buscar en el hombre un enemigo, y la gloria en suprimirlo ó en esclavizarlo. Ahora que el ideal se resume en el tipo del que aventaja á los demás en moralidad, en laboriosidad y en inteligencia,—es lógico que el objeto y la gloria de la vida consistan en tratar á los hombres como hermanos, en ayudarles con nuestras fuerzas y en mejorarles con nuestro ejemplo.» (Sighele). Esta nobilísima concepción humana se impone como el ideal del arte moderno. Las obras que la bosquejan tienen asegurada la inmortalidad. Los «Burgueses de Calais» de Rodin, el «Cristo de los Ultrajes» de De Groux, «Germinal» y «Trabajo» de Zola, el «Poder de las Tinieblas» de Tolstoi, «Humillados y Ofendidos» de Dostoievsky, «Condernación de Fausto» de Berlioz, «Miserables» de Víctor Hugo: he aquí, citados al azar, algunos de los grandes poemas de piedra, de poesía, de pintura y de música que más hondamente conmueven el espíritu fraternal moderno. Pero el presente es un viajero apresurado y febril, siempre está de marcha, apenas le advertimos cuando ya se escapa. . . . Sabéis que Fausto no lo pudo detener, le dejó la túnica de la felicidad entre las manos. . . . Sólo la muerte es inmóvil; detenerse es morir. El Egipto, rígido y cataléptico como sus colosos de granito abrumados de pereza, vivió menos en sus largos siglos, que Athenas, nerviosa y risueña como Afrodita, en la mañana azul de su leyenda. Por eso el arte evoca el pasado y presiente el porvenir, tomando dos formas grandiosas: arte de la resurrección, la historia, y arte de la adivinación, el profetismo. La historia dije; no, me repugna ese nombre femenino, lo substituyo por un nombre viril: Historio. A Historio me lo imagino como un coloso formidable, hecho con un pedazo de Atlas, con una cabellera de cedros del Libano y de relámpagos cósmicos, con una boca clamorosa como el Océano y como el desastre, haciendo la máscara del sepulturero en una tragedia titulada «Las Violaciones Sagradas» Escarba, amontona, clasifica, coordina, limpia los restos venerables, sopla vida en la muerte haciendo nacer el poema del recuerdo, remata el Partenon con los Frisos de Fidias, nos da la voz de Cleopatra, nos trae en sus brazos la Venus de Milo, nos deja en el Palacio Ducal el Triunfo de Venecia, nos encuentra la República de Cicerón, nos restituye siete columnas del templo de Esquilo, abre los arcos de triunfo sobre la cabeza calva de Julio César, se les vuela de las manos la Victoria de Samotracia y cierra la puerta de Lorenzo Ghiberti sobre la opulenta Pinacoteca del Renacimiento.—El profetismo es de mayor tamaño: pierde su cabeza entre las constelaciones de lumbre; á su sensorio llegan los misteriosos nacimientos del ruido, del gusto, del olor, de la resistencia y de la luz; á su espíritu llegan las lentas germinaciones de la verdad, de la bondad y de la belleza; se burla de los filósofos rumiantes; desinfla esas odres de viento y de pedantería que se llaman

Academias; sufre inmensamente; goza inmensamente; habla en parábolas; es radiante como el sol meridiano; es obscuro como la primera tiniebla; es loco; es genio; es el gran artista de la Esperanza! Y estos dos titanes, uno abajo, en lo hondo, en lo insondable, y el otro arriba, en lo infinito, en lo imperforable, hacen obra común, fabrican el producto más precioso del amor humano: la Belleza Divina!

*
*
*

Señores representantes de la República Norte-Americana que habéis tenido la exquisita bondad de asistir á nuestro festival: erais primero los Bárbaros, fuisteis después los Extranjeros, sois ahora los Hermanos. Es justo que los hermanos posean en común las bienes de la tierra que ha elaborado el arte. No fué este poeta, Virgilio dulcísimo, sonoro como abeja siciliana, puro como nido de tórtolas, claro como el Mincio y sabroso como los panales, quien dijo: «todo es común entre amigos?» Nos quedamos, pues, con vuestros poetas, que tan sabiamente nos ha dado á conocer Balbino Dávalos. De hoy en adelante, serán nuestros. Yo creo, señores, que todo tiende al comunismo: la política, la propiedad, la ciencia, el arte, siguiendo la ley de regresión aparente que hace volver á sus formas originales todas las manifestaciones de la actividad humana. Pero ese gran proyecto de federación internacional, ideado por el profetismo, esa concordia universal de inteligencias y de corazones, tiene por base la fortaleza de las nacionalidades, que á su vez tiene por condición la cultura de los ciudadanos. Por lo tanto, la realización de tan magno sueño es lenta, lentísima. Tengamos paciencia y fe. Algún día nos encontraremos en la Tierra Prometida, en la Ciudad del Ideal, de la que esta fiesta da una idea anticipada, como el boceto da la idea de la escultura y el croquis del cuadro, especie de vaga anunciación difusa, pues la palabra santa ha dicho que siempre que los hombres de buena voluntad se reúnen en el nombre de Jesús, el reinado de Dios se realiza en la tierra.

Señoras y Señores: Estamos en un templo y no lo profanamos, ya os dije que el arte es una oración. Estas bóvedas augustas guardan los ecos de muchas voces que han implorado misericordia y paz; en estas baldosas se han arrodillado muchas culpas arrepentidas; de este santuario han partido para el cielo las humildes plegarias de los pobres de espíritu, vestidas con los sucios ropajes del trabajo ó desnudas como la miseria, pero bellísimas de fe y de amor. Hagamos nosotros lo mismo, mandemos á través del Misterio, á los resplandecientes huertos siderales, nuestra estrofa, nuestra Madona, nuestra ascensión rauda, para que nos traiga, prendido en los celajes rubios con que se arropan las Auroras, el Mito consolador de la eterna Poesía!

JESÚS URUETA.

México, Noviembre de 1901.





LA MUJER DANZANDO.

(DEL LIBRO *EGLOGAS*).

Danza, mujer, porque las aguas corren
y las flores derraman
perfumes de placer, y las estrellas
se deshacen en lágrimas!

Danza, saliendo de la muerte oscura
que oprime tus espaldas,
y las dos flores blancas de tus manos
en la noche levanta!

Ofrécete al continuo movimiento
de la vida que pasa;
loor eterno á la actitud cambiante
que transparenta el fuego de las almas!

Mueve la flor dorada de tu cuerpo
al compás de la danza;
deja empapado en tu perfume el aire
y derrocha la luz de tus miradas!

Como incensario tu cabeza ondule
coronada de llamas;
como incensario del amor oculto
bajo las ricas aras.

Entrégate á las danzas! A mis ojos
brilla transfigurada
bajo la lluvia musical, que llena
de un chorrear de fuente tus entrañas.

Te haces sagrada, hundiéndote en las olas
de la música vaga;
todo tu cuerpo, abriéndose, descubre
el interior misterio que lo embarga.

Mujer danzando, enamorada viva,
tus hombros se adelgazan
como corriente de agua por la noche:
tus pupilas se agrandan!

Eres como milagro que se inicia
bajo el cambiante velo de las danzas;
como suave nenúfar que se mueve
con movimiento oculto sobre el agua.

Se ha desprendido mustia de tu frente
la primera guirnalda;
se han desprendido mustias de tu espíritu
las ideas prestadas.

Tú sola reinas en la Danza.—
Ruedan
flores blancas de almendro por tu espalda,
te envuelve una luz suave, y por los ojos
se te derrama sobre el mundo el alma.

Dijérase que el Universo entero
copia el compás alegre de tu danza;
que, oscilando, las flores,
la imitan encantadas.

EDUARDO MARQUINA.



SEGUNDA CONFERENCIA PAN-AMERICANA.

LA DELEGACIÓN MEXICANA al Congreso Pan-Americano, se honra de invitar á Ud. al festival artístico que se verificará en la Biblioteca Nacional el 6 del corriente á las 9 p. m., y que ha organizado bajo el patrocinio de «La Revista Moderna,» como homenaje á las letras anglo-americanas.

México, Noviembre de 1901.

PROGRAMA PARA LA VELADA ANGLO-AMERICANA.

- I.—QUINTETO.—Op. 44..... *R. Schumann.*
 Allegro brillante. Piano y cuerda.
- II.—DISCURSO.—*Balbino Dávalos.*
- III.—QUINTETO.—Op. 48..... *Tschaikowsky.*
 Tema ruso.—Cuerda sola.
- IV.—POESÍA.—*José Juan Tablada* (*).
- V.—LA TRUCHA..... *Schubert.*
 Variaciones. Piano y cuerda.
- VI.—Lectura de POESÍAS AMERICANAS, por *Luis G. Urbina.*
- VII.—QUINTETO..... *Christian Sinding.*
 Andante y Scherzo.—Piano y cuerda.
- VIII.—ALOCUCIÓN.—*Jesús Urueta.*
- IX.—CAPRICHIO.—*Wedding Cake. Walse*..... *C. Saint-Siënz.*
 Piano y cuerda.

(* Los versos del Sr. Tablada y las traducciones del Sr. Casasús que leyó el Sr. Urbina, serán publicadas en el próximo número de la *Revista.*